

la ironía, lo que el carácter enérgico a la locura furiosa.

JULIÁN.—La Ironía como moda es cruel, y se confunde con la burla y con el sarcasmo, inhumanos y antiguos atributos de la Humanidad. Por cada ironista natural, por cada escritor morboso e inevitablemente irónico, una multitud yuxtapone a sus temperamentos la Ironía, a modo de un traje de moda fácil para obtener el beneplácito del público.

LUIS.—Es casi seguro que los escritores por idiosincrasia ironistas no sepan definir la Ironía, y es seguro que, comparando la producción de dos de ellos, no se pueda establecer ninguna semejanza. ¿Qué indica esto? Que la Ironía es el nombre bajo el cual se agrupa una serie de disposiciones espirituales que recorren desde la risa hasta la mordaz seriedad, pasando por la insinuación burlesca y por la insinuación compasiva o despreciativa.

JULIÁN.—La Ironía, semejante a Saturno, devora a sus hijos. La Ironía es una forma penosa del arte.

LUIS.—Anatole France, tal vez el tipo más perfecto del ironista, tiene para todas las cosas un gesto de indulgencia y una sonrisa tan sutil que hace pensar alternativamente en una indiferencia, en una disculpa, en un desdén; Juan Pablo impregna sus páginas de una ironía desconfiada, y se arma de ella como de un pavés para apercibirse contra sus propios sentimentalismos; Schopenhauer gustó de esa ironía aguzada y belicosa que llega en el au-

tor de la *Nueva Primavera* a ser atrabiliaria, analítica en Montaigne, a la vez profunda e ingenua en Dostowisky, y epidérmica en tantos escritores de hoy, de los cuales Jules Renard, Lemaître, Bernad Shaw, Chesterton y Twain merecen citarse. La Ironía, como la sal, sazona todos los condimentos, mas rara vez puede constituir por sí sola un manjar. Granos de esa sal abundan en Dickens, Sterne, Rabelais y Cervantes.

EMILIO.—También Jules Lafforgue y Villiers de l'Isle Adam tuvieron en sus producciones aptitudes de suprema ironía.

MAESTRO.—No nos detengamos por nombre más o menos. ¿Sería posible hacer una lista cualquiera en cualquiera de las profesiones, actividades o aspectos, sin el temor de omitir la casi totalidad?

JULIÁN.—Tal es la plaga de ironistas, que la lista de ellos podría hacerse con quitar algunos centenares de nombres al Censo de habitantes de nuestro planeta desde la hora en que comenzara sobre él la vida y amargura del hombre.

LUIS.—Y por si esto es escaso, he ahí que los vientres de los ironistas son fecundos: France ha dado a luz a Bergeret, a Jean Marteau, a Tournebroche y al nunca bastante llorado Jérôme Coignard; Eça de Queiroz, al complejo Fradique Méndes; Dickens, a Pecksniffc Siniór; y frutos monstruos del contubernio del talento, con el buen humor y la intención maligna, son Maese Gaster, Herr Teufelsdröckh

(profesor de «cosas en general»), y el complicado, venerable y jocundo paleógrafo don Iscariotes Val de Ur, a quien su albacea, el telarañista Urdeval, asigna ascendencia linajuda que subliman algunas gotas de sangre de Baloo, el plantígrado pedagogo de las selvas vírgenes, y mucha influencia de preste «negligente y relajado, pero delicia de las tabernas parisinas, consuelo de meretrices y prez de erudición», de quien concluyo de hacer la más elogiosa referencia.

MAESTRO.—¿Has concluido, discípulo? Ni siquiera para ser ironista se necesita esa superioridad que el público y los escritores noveles suponen. Se puede, como Anatole France, estar sobre todas las cosas y ser ironista; pero se puede estar al nivel de ellas, y aun más abajo, y serlo también. Esto demuestra que la ironía no es una entidad, sino una variedad de otras entidades; la ironía no es el punto término: es buena, es mala y es mediocre; los más de los escritores satíricos cuyos artículos—menos ingenio que mala intención—os oigo leer, son tan ironistas como Quevedo, y son, sin embargo, cretinos. ¿Cómo se explica esto? Se dice *metal*, y bajo esta denominación se confunden desde el oro y la plata hasta los metales paupérrimos de nula aplicación; se dice *ironista*, y bajo esta palabra pueden cobijarse con indignante promiscuidad desde Renán hasta los miserables reptiles que emparedan un insulto entre dos frases indeterminadas y chuscas. La ironía es

un líquido corrosivo que ostenta a veces un bello color.

JULIÁN.—¿Cómo nos convenceréis de vuestro concepto de la Ironía si habéis, en un momento, dado de ella cinco definiciones desiguales?

MAESTRO.—Mientras más consecuentes seamos con una idea, nos exponemos más a caer en error. Precisa colocar una definición en cada punto cardinal, y sólo así podremos tener probabilidades de que por entre esa diversidad de afirmaciones palpíte, ya que no toda el alma, siquiera un átomo del alma de la idea que aspiramos a definir.

§  
Todo hombre meditativo tiene que marchar por la vida con la penosa incertidumbre de un ciego que dudara de su tacto.

§  
Dijérase que a la divinidad cristiana se llega por el halago de los sentidos y no por el culto de la espiritualidad. Sus plegarias tienen exaltaciones sensuales—¡cordero divino, paloma blanca, lirio amoroso!—; ofréndanle sahumerios aromados, luminarias, músicas; y para las ceremonias de sus ritos, sus sacerdotes se revisten de una magnificencia—oro, encajes, sedas, tisúes— más a propósito para

cautivar a una cortesana que a un ser puramente esencial.

## §

En América me agradaba más el verano, y aquí el invierno: la estación estival allí, como la invernal aquí, ocupan la mayor parte del año; no pudiendo vivir en Grecia, me he convencido de que una mujer bien vestida es más bella que otra *bien* desnuda. Durante mucho tiempo fuí confiado y no dudé preventivamente del talento ni de la buena fe de nadie... Sólo cuando ya no he podido poner en el porvenir sino unos pocos años de miseria me he hecho pesimista; pero soy un optimista fracasado. En mi juventud y en mi madurez hice guía de mi existencia esta frase: «En buena filosofía, vale más un optimismo fallido que un pesimismo cierto.» Y con todas estas precauciones, la dicha que aguardaba no vino. ¿Hacia cuál horizonte hay que abrir los brazos para recibir la ventura? Entre los lechos de nacimiento y de reposo eterno, si es que morir equivale a reposar, sólo hay una cosa invariable en todos los hombres: La inconformidad.

## §

El lenguaje es un don completo del que pudo darnoslo todo, un don de avaro. Las representaciones

anímicas, nuestra vida de relación, las ínfimas depresiones espirituales, las miliformes alteraciones sensoriales, las tenemos que expresar por su solo conducto. ¿Hay entre todos los idiomas uno tan abundante y flexible, capaz de concretar tantas cosas? El lenguaje es un pequeño vehículo donde no caben todos los viajeros.

No obstante, casi todos los hombres poseemos palabras de más. Hay que callar. Y argüirá alguno: «No tenemos la palabra para ocultar nuestros pensamientos, sino para aclararlos.» Si las palabras fuesen siempre la envoltura de los pensamientos, tendrían razón; pero... Hay que callar.

§

Había una vez—mucho antes del buen juez Magnaud y de los jueces íntegros del cuadro de Mabusé—un juez ejemplar. Sobre su mesa, para que estuviera perennemente entre el acusado y él, la estatua de la Justicia mantenía con ademán seguro la espada y la balanza, donde se pesaban con escrupulo tal los «pros» y los «contras», los «considerandos» y los «resultandos», las «atenuantes» y las «agravantes», que jamás ninguno de los dos platillos aventajó al otro. El juez tomaba cada mañana una ducha fría para aplacar sus nervios; comía poco para que el trabajo profundo de las digestiones no predispusiera su ánimo; dormía parcamente para que el sue-

ño no abotargase sus luces, o bien no las avivase demasiado sugiriéndole imágenes deliciosas y nefastas. Y convencido de que las instigaciones y máscaras del error son múltiples, multiplicaba la vigilancia de modo que sus vigilijs henchidas de razones, de precedentes y de máximas—en latín, claro—, eran los pilares donde se sustentaban sus sentencias.

Pero la vida es larga y en sus encrucijadas una mala digestión, un sueño pesado o sobresaltado por sensuales quimeras, nos acechan. A los seres imperfectos como nosotros, tales acechanzas nos mortifican alternativamente trescientos sesenta y cinco días al año, y un día más en los años bisiestos; a los seres perfectos como el buen juez, sólo los sorprenden una sola vez en la vida, pero todas de un golpe. Una noche... (No puedo describir la noche, que daría ocasión a pormenores escabrosos, y salto a la mañana siguiente): Aquella mañana los ojos del juez ejemplar, engastados en los abultados párpados como brillantes mortecinos, se entornaban, no se sabe si para guardar mejor la imagen fugitiva del ensueño que pocas horas antes era realidad, si para resarcirse del sueño incompleto, o simplemente por exigencia de la digestión de un faisán sazonado con especias fuertes. Ante él dos litigantes exponían sus quejas; cada una creía haber recibido de la otra ofensas que demandaban reparación, y en las cuales se dirimía, además, uno de esos problemas de dere-

cho que ninguna jurisprudencia ha logrado resolver. Entre las dos contradictoras estaba la verdad, no cabía duda; y con lo que le quedaba de su juicio, el juez veía esa verdad ir tan pronto de una a otra, igual que una mariposa indecisa. ¿Sobre cuál de las dos concluiría por posarse? Una de las mujeres era tuerta, y en su boca un solo diente puntiagudo brillaba como estalactita olvidada en una caverna; al hablar, gotas de saliva iban a salpicar los pies de la estatua de la Justicia y a poner puntos de espuma, que tardaban en deshacerse, sobre una cartera de piel que el juez estimaba casi más que a la Justicia, en lo cual era, como siempre, justo, pues aquella cartera había contenido muchas veces sus autos y sentencias, que es como decir que había contenido la Justicia misma... La otra mujer era más joven; los ojos, de un gris profundo y transparente, brillaban en su cara, a la cual deliciosos accesos de rubor ponían de vez en cuando un velo. La primera mucho hablaba, atropellando sus propias razones; la segunda hablaba poco y colocaba sus palabras oportunamente; la primera manoteaba sin cesar; la segunda hablaba con los brazos rígidos, y sólo de tiempo en tiempo, para apoyar una palabra capital, su diestra se tendía e iba a buscar, para fondo de sus ademanes, precisamente la cartera negra, donde las gotitas de saliva hacían fruncir el ceño del juez... Olvidaba decir que esa mano era fina, pálida, y que el rubí ribeteado de oro que sangraba en ella acentuaba su



semejanza con otra mano que la noche anterior había acariciado la calva del juez.

Mientras tanto, la mariposa de la verdad revoloteaba de una a otra; iba, venía, tornaba a ir. Y el juez, con una secreta inquietud, temía, cada vez que la veía posarse sobre la cabeza de la mujer del diente solitario y de la abundante saliva, que no volviera a elevarse de nuevo. Fuerzas recónditas que jamás creyó que interviniesen en sus considerandos se le hacían de pronto imperativas y visibles. Y así, cuando la mariposa se posó al fin diciendo: «He aquí la razón, he aquí sobre esta mujer antipática y olvidada de las gracias la sagrada verdad con quien te has desposado», el juez, con un ademán terrible y repentino, arrancó de manos de la Justicia la legendaria espada, y de un solo mandoble segó la cabeza, que rodó por tierra, matando en su caída a la mariposa.

Si yo hubiera nacido sajón, habría dicho: Los latinos están admirablemente dotados para muchas cosas inútiles.

### §

Las épocas menos infelices de la vida son durante los viajes. Un viaje es un paréntesis de ensueño,

de grata incertidumbre. Asomados a la ventanilla del tren nos abandonamos a todo género de ilusiones: Se piensa que el tren no se mueve, que los campos trillados desarrollan una vasta circunferencia en torno de nosotros, que los hilos del telégrafo flotan ingrávidos en la longitud del camino, y que los postes que cruzan de tiempo en tiempo son obstáculo en vez de sostén. Reclinados contra la balaustrada del vapor, nos extasiamos contemplando el cielo y el mar, olvidados de que éste es salobre y amargo y aquél inclemente.

A las ilusiones ópticas se unen las ilusiones espirituales: si dejamos afectos o memorias dolorosas, las gentes—esas gentes tratadas con menos fórmulas sociales que las que habitualmente nos cohiben y juzgadas inconsistentes casi, porque no pensamos volverlas a encontrar—y la diversidad de paisajes, nos distraen. Imaginamos fantasmagorías acerca del lugar adonde nos encaminamos, y nuestro innato optimismo nos hace consolidar la quimera de una vida más reposada, sin rigor, exenta de zozobras...

Ustedes los escritores han dicho tantas veces que el paso de la vida a la muerte es un viaje, que me obligan a pensar en una agonía dolorosa, como en un contrasentido.

La Filosofía necesitada de adeptos más ingeniosos es la estoica. Ella niega lo único que hay de axiomático en la vida: la soberanía del Dolor.

## §

Se dice «He ahí un hombre agudo», para señalar un hombre inteligente; «He ahí un hombre obtuso», para señalar un hombre torpe. Y la sola analogía que tienen esos dos vocablos geométricos con la capacidad cerebral, es la que establece una teoría afirmadora de la razón directa existente entre la mayor medida del ángulo facial y el talento.

Forzosamente fué algún académico el inventor de esas dos fórmulas que expresan lo contrario de lo que dicen.

## §

Al imprudente que sucumbe se le llama temerario; al que sobrevive, héroe. Si un hombre se mata para evitar a los suyos el deshonor, es cobarde; si para evitar a su patria la derrota avanza solo y sin probabilidades de triunfo contra el enemigo, su conducta merece elogios máximos y es citada como especular. En ambos casos el hecho es el mismo—un suicidio—, y sólo la causa altera el resultado. Cuando la Psicología permita desentrañar la génesis de todas las causas, los hechos adquirirán insospechados va-

lores; entonces habrá que derribar a muchos héroes de sus pedestales y sacar a otros de la fosa común.

## §

Pensar sobre el amor en frío es como obstinarse en sumar cantidades heterogéneas. La razón no puede penetrar los resortes de un fenómeno que se produce en contra de ella, que, apenas modificado por experiencias seculares, adquiere en cada generación, en cada ser, un aspecto inédito, y que, por si no fuese bastante complicado en su esencia, se injerta sin soldadura visible con todas las concupiscencias. El amor específico es una hipertrofia del corazón a expensas del cerebro; el otro, el de casi todos los días, no pasa de ser una infección de los sentidos.

## §

Si para castigar a un ladrón el Tribunal le despojase de las ropas, le robara, nadie dejaría de comentar esta peregrina sentencia, no menos lógica que la que manda quitar la vida a un homicida.

## §

El alcohol, la lujuria y la holganza son prestamistas que no exigen a nadie garantía, porque cobran intereses exorbitantes y no hay manera de burlar-

los. Más implacables todavía que Shylock, no cobran sólo en carne, sino en espíritu.

## §

El demonio de la intransigencia vela hasta en quienes creen vivir a la sombra augusta del árbol de la serenidad. Ese demonio es un doctor sutil, y empieza por falsear la expresión verbal seguro de que, insensiblemente, el pensamiento adopta las formas viciadas. Ejemplo: al que abjura de su religión por la nuestra le llamamos convertido; al que la deja por otra, renegado.

## §

Hipótesis de una bibliografía del maestro Pelayo González:

<i>Libro de los pequeños dolores</i> .....	1 volumen.
<i>Manual del perfecto tirano</i> .....	1 —
<i>Los niños a través de la Historia</i> .....	1 —
<i>Zoología pintoresca</i> .....	1 —
<i>Acerca de la sabiduría, la buena fe y otras plagas de la Humanidad</i> ....	1 —
<i>Censuras y cargos al Todopoderoso</i> .....	12 volúmenes.
<i>Método para exterminar las moscas</i> ...	1 folleto.

En tanto escribía valiéndome de mi buena memoria y de aquella insuperable del que esta-

ba inerte ya, sin pensamiento, a tan pocos pasos de mí, muchas veces dieron los relojes sus campanadas al aire fresco de la noche. Cuando concluí, vagos ruidos llegaban de la calle, y en una claridad lechosa, donde se diluían los fantasmas de la habitación, las cuatro llamas de los cirios se recortaban sin oscilaciones, empujándose sobre sí mismas, como si quisieran alcanzar algo o alumbrar más distancia. Las moscas habían aquietado su vuelo en las órbitas de los ojos, que, por una estrecha desunión de los párpados, enseñaban su lividez vítrea. Hacía frío, y cerré la ventana. En un espejo vi, con sorpresa, mi rostro, en el cual la triple fatiga de los sobresaltos, de la vigilia y del recuerdo habían impreso huellas. Sobre la mesa, también las cuartillas escritas sorprendieron mi atención con la desigualdad de sus caracteres, tan pronto verticales como inclinados en un perezoso abandono, cual si participasen del cansancio de quien los trazara. En la fisonomía del maestro, ya casi amarilla, había un dulce reposo; el surco que desde las cejas al nacimiento de la calva hendía su frente habíase difuminado hasta costar trabajo distinguirlo; el esplendor de los blandones sobre el tono violado de la cara recordaba los colores con que los

artistas primitivos concebían las apoteosis místicas... Luego de recoger y ordenar las cuartillas, me aproximé a la puerta de la habitación; dos de las vecinas, vencidas del sueño, roncaban desmadejadas en los sillones, y la señora Eduvigis y la mujer del grabador hablaban ante sendas tazas de chocolate, que aromaban el ambiente con su canónico perfume. Cambiaban confidencias acerca de la carestía de los alimentos, acerca de la dificultad de hallar pescados frescos en los mercados, y al oír las me hice esta inocente pregunta: ¿Por las gradas de qué escalera han descendido sus pensamientos para venir desde el encomio del difunto hasta esas cosas mezquinas y necesarias que hablan con el acento más vulgar y quizá más verídico de la vida? Giré la vista hacia el cadáver queriendo hacerlo testigo de mi pena, y la grave inmovilidad volvió a suscitar los terribles temores de la noche. En vano el pensamiento trataba de libertarse: las garras del fantasma se contraían hasta lacerarlo. Otra vez la Muerte sopló su vaho en la habitación, y las cuatro llamas de los cirios, y la pobre llama de mi alma, se inclinaron lo mismo que al influjo del presentimiento se inclinan las hierbas fragantes cuando la hoz del labriego está próxima. Yo estaría

así: rígido, inerte, ya disociados la realidad del cuerpo y el misterio del alma, tras de una agonia premiosa y angustiosa, lúcida como ese postrer momento en el cual, desde el punto más alto del sendero, antes de trasponer la cumbre, divisamos totalmente el paisaje... Quise poner atención en las cuartillas, y de una de ellas la palabra «limpio» singularizóse del fondo difuso de la caligrafía con máxima virtud, arrullando mis oídos el contraste claro de la «l» con una musicalidad milagrosa, nunca percibida hasta entonces. La repetí varias veces con delectación: «Limpio», «limpio», y atraído por el conjuro de su virtud, todas cuantas cosas puede cobijar la bella palabra desfilaron por mi memoria en un cortejo luminoso y triste: blancuras de cuerpo y de alma, carnes lechosas eucaristía, blancos linos, puro cristal del alba, fulguraciones astrales en las noches, flores nevadas, buenos pensamientos... Cuanto no tiene en nuestra vida la mancha ni el tumulto del vicio iluminó mi alma, convirtiéndola en un hiperbóreo jardín... Pensé de nuevo en la irremediabilidad de morir; amé, casi con furor, todas las alegrías, todas las dudas, todas las tristezas de la vida. Y dejándome vencer por la angustia, habría gritado desesperadamente: «¡No



quiero morir!» a no haber deshecho aquel silencio pavoroso la voz de un vendedor de trapos, y a no haberse derramado en la estancia, luego de arrancar un reflejo irisado a los cristales, el oro de un rayo de sol.

Y con alegría, como si me vengara de la Muerte, maté las llamas de los cirios...



**E**L estrépito del coche fúnebre al partir apagó los gritos de la señora Eduvigis. En los balcones, los vecinos miraban con gestos más curiosos que doloridos, y por las calles, los transeuntes volvían las cabezas, sorprendiéndose de que tras del carro de primera clase sólo fuera un coche. Un hombre puso al entierro este comentario: «Los de la agencia funeraria son más numerosos que los parientes.»

Sobre la gran carroza se bamboleaba una cruz; ocho lacayos, con pelucas blancas mal ajustadas, conducían los caballos de las bridas. Era la cabecera de un enterramiento fastuoso, que daba la impresión de cosa incompleta, como un landó automóvil. Al reparar en esa forma de la contrición de Emilio, pensé, a pesar de no conocer todo el pasado del maestro, que aquel lujo póstumo no tuvo precedente en su

vida. Su fin aparecía impregnado del humorismo de su pensamiento. Había muerto sin carecer de nada; era llevado hasta el cementerio igual que un burgués rico... Así creíamos resarcirle de nuestra ingratitud.

Hacía calor, y por las ventanas del carruaje pasaba el polvo en luminoso alud. Al cruzar las calles céntricas, algunos conocidos nos saludaron con ceremoniosos saludos mezclados de sorpresa. Emilio, al observarlo, me dijo:

—Si Julián hubiera previsto cuánto hay de atracción para la pública curiosidad en esto, no hubiese dejado de venir. Transfiriendo su conferencia se proporcionaba dos exhibiciones. Cuando lo sepa...

De tiempo en tiempo, en las curvas de algunas calles, veíamos el coche fúnebre. El féretro negro, sin adornos metálicos, parecía formar parte de la carroza. Allí habrían seguido la misma ruta otros que pasaron en vida junto al maestro rehuyendo su roce para no mancillar con su ropa astrosa las levitas inmaculadas, tal vez tentados por la indignante caridad de ofrecerle una limosna exigua; y la suerte permitía que antes de llegar a la igualitaria tierra, Pelayo González se nivelase a ellos. En la estrechez del carruaje, Emilio y yo hablamos: primero, de

la celerosa muerte; después—para realizar una semejanza con esos entierros que brindan a los caricaturistas el contraste de fisonomías, dejando adivinar que los deudos, en el primer coche, lamentan la pérdida del familiar, mientras los acompañantes de los coches del centro hablan de negocios y los del último discuten de toros o de mujeres—, fuimos en gradación discreta alejando la conversación de él; y luego de recordar los comienzos de nuestra lucha y las ventajas que nos granjeara su amistad, llegamos hasta hablar de las actualidades políticas y literarias. Al llegar a Pardiñas el coche se detuvo, produciéndonos un choque que hizo oscilar nuestras chisteras, y una viva sorpresa también. ¿Por qué se detenía el coche allí? ¿No era el número de dolientes tan corto que hacía inútil la despedida del duelo? Asomamos las cabezas para inquirir la causa de la detención. Un caballero enlutado venía atropelladamente hacia nosotros.

—Perdónenme no haber podido acompañarles desde casa... Lo hubiese hecho con mucho gusto; pero las ocupaciones me han impedido ese deber... ¡Pobre don Pelayo!... Sabía mucho de numismática.

Sobre la corbata de aquel hombre, un camafeo proclamaba su ignorancia y su gratitud.

Hasta los alrededores, siempre áridos, de Madrid, tenían en aquella tarde un tono menos adusto. Junto al camino, algunos árboles dejaban presentir, tras de las renegridas cortezas, una vida que estallaría al fin en renuevos y en hojas, cubriendo la desolación escueta del ramaje de un verdor oloroso y muelle. El ambiente era diáfano; el cielo, claro; tanto, que las miradas imaginaban profundizar su azul. En la huertecilla de una granja, dos muchachas cantaban tonadas de zarzuelas mientras regaban las legumbres; al vernos pasar persignáronse, y luego volvieron a reanudar sus cantos sensualmente inclinadas hacia los surcos; todavía desde lejos vimos sus caras jubilosas, donde había puesto el reflejo de la muerte una sombra parecida a la de un eclipse que interrumpe un día muy luminoso. Los pequeños talleres de los marmolistas ponían de trecho en trecho su nota blanca como un anticipo de la Necrópolis, que en el término del camino daba la doméstica ilusión de una gran cantidad de ropa blanca tendida a secar. Los caballos, libres ya de los obstáculos de la ciudad, trotaban con ligereza, levantando un polvo seco que nos hacía toser. Sobre un carro fúnebre ya de regreso, varios empleados de la funeraria bebían vino; las casa-

cas rojas, brillantadas por el sol, competían con sus rostros congestionados. Paralelo a nosotros, un hombre taciturno llevaba sobre el hombro derecho una cajita blanca... y una anécdota de la vida del maestro se reavivó en nuestra memoria. Frente al cementerio católico, el cementerio civil erguía más pequeño, pero aun más emocionante por la severidad de sus tonos: constituían el símbolo de dos creencias rivales llevando su antagonismo más allá de la región de la vida. Rayando el azul, un pájaro enorme trazaba la única nota oscura encima de la extensión blanca, casi alegre, del cementerio. Al detenerse el coche, una cohorte de mendigos nos acosó, exhibiendo los miembros llagados y las piernas truncadas a manera de conjuros para abrir las válvulas de nuestra caridad.

—Señoritos... Aunque no sea nada más que un céntimo... ¡Por la salud...!

La costumbre de pedir ponía en sus labios estas palabras, que habrían sido de inconsciente sarcasmo si sus caras, animadas por una desvergüenza macabra, no hubieran también dicho que pretendían comer y beber a la salud de nuestros difuntos. Nos persiguieron largo espacio. Las mujeres, mesándose las greñas desmeñadas, nos ofrecían flores y amuletos para co-

locar en los sepulcros, encareciéndonos su virtud con ensalmos grotescos. Los hombres, lucios y piojosos, postulaban con obstinación:

—Señoritos... Aunque sólo sea un céntimo... ¡Por la salud...!

¡Fauna extraña, que la proximidad de los muertos parece haber comenzado a podrir! En la puerta del campo santo viven, ríen, alzan pependencias, vomitan los denuestos y blasfemias más formidables; pero apenas ven venir un coche, se armonizan en un gesto unánime de compunción que realzan con un lagrimeante clamoreo, todavía más profanador que sus risas. Tienen los ojos enrojecidos y ardientes: tal vez del polvo, tal vez del alcohol, tal vez de fingir llorar a todos los muertos que llegan.

Un cura obeso tartamudeó un responso ante el féretro; mientras rezaba tenía los párpados cerrados; al hacer la aspersion el agua del hisopo cayó casi toda en el suelo, y sólo dos gotas serpearon sobre el polvo que había cubierto la caja de una pátina amarillenta. Detrás de los sepultureros, con las cabezas destocadas, hostigados por el sol, llegamos hasta la fosa. Abrieron el ataúd, echaron cal viva encima del rostro, volvieron a cerrar para siempre... La caja descendió con dificultad; Emilio arrojó el



primer terrón de tierra, y el sonido hueco que produjo al romperse contra la madera me hizo pensar que ya el maestro no estaba allí. Entonces, inevitablemente, a pesar de los esfuerzos hechos para huir de aquel recuerdo pertinaz y pueril, pensé en la impresión que habría hecho la tierra húmeda sobre uno de sus dedos, del cual, al cortarle después de muerto las uñas el grabador, había brotado una gota de sangre... Al fin la tierra rebasó de la hoya. Estábamos emocionados, y antes de que los enterradores cubrieran todo con la lápida donde había hecho Emilio grabar esta inscripción: «Pelayo González, hombre bueno. 1908», nos alejamos de allí conmovidos... La sepultura está en el patio de Santa Eulalia, en la cuarta fila de la derecha... Entonces era de las últimas.

— Dos mujeres portadoras de flores se cruzaron con nosotros. Parecían madre e hija. Un hombre las seguía a distancia. Debieron suponernos hermanos, porque una dijo a la otra:

— Parece gente rica... Se les habrá muerto el padre quizá.

Y nos persiguieron con miradas escrutadoras. Sabiéndonos observados, una rara violencia nos turbó. Por hacer algo nos acercamos a un sepulturero que, con medio cuerpo fuera de

una fosa, apoyado en la azada, rezongaba una canción obscena. Puestos de acuerdo le interrogamos:

—¿Puede indicarnos usted dónde está enterrado Campoamor?

El hombre se pasó la diestra por la cara, mal rasurada, haciendo sonar los pelos; luego repuso:

—Miren, señoritos... Así, por el nombre... Como no me digan ustedes el número...

Y al arrojarnos tal respuesta, digna de los sepultureros de Hamlet, sonreía, moviendo para sonreír las mejillas flácidas. Dejamos unas monedas en su diestra y nos encaminamos a la salida. Antes de lograrla llamé la atención de Emilio. Una de las enlutadas, la más vieja, habíase prosternado ante una tumba, mientras la otra, bajo un ciprés, le abandonaba la boca y las manos al caballero que antes la seguía.

En el trayecto de retorno hablamos del maestro:

—Ha sido una emoción dolorosa; yo mismo no creí que me impresionaría tanto.

—Cuando le echaron la cal sobre la barba, tuve el temor de oírle quejar.

—¿Qué discurso nos hubiera pronunciado

acerca de la ridiculez de algunas inscripciones! Él nos dijo no hace muchos días: «Hay lápidas donde los vivos obligan a los transeuntes a profanar a sus parientes muertos.» ¡Si él pudiera levantarse a leer el soneto de treinta y tres versos de aquella sepultura cercana a la suya!...

—¡Pobre maestro! Tuvo méritos para ser algo grande en la vida.

—¿Acaso su existencia no se ofrece en consonancia con la calidad de su inteligencia?

Como una bocanada pestilente vino a chocar contra nuestro dolor la alegría alcohólica de las Ventas. Un organillo que tocaba bailes populares nos recordó la tarde de la muerte del maestro, y a ambos se nos apareció en la memoria, lejana, muy anterior a otros sucesos más distantes.

Había un lánguido sopor en el crepúsculo. Del Retiro salía una multitud de berlinas descubiertas, y las mujeres, vestidas de colores claros, daban una nota intensa de vida acentuada por los perfumes, por las voces, por las risas. Desde la Puerta de Alcalá la calle veíase ancha, constelada de luces de intenso amarillo y de luces blanco-azulosas, que parecían la misma luz del crepúsculo concentrada y bri-

llante. Ante aquel retorno a la vida, cuya fragancia casi nos hería con la violencia de su contraste, sentimos vergüenza de ir encerrados, prisioneros de acerbos pesimismos, y bajamos del coche para continuar el regreso a pie. Una florista haraposa y mimosa me puso violetas en el ojal; dos damas movieron, para saludarnos, sus pañuelos y sus labios en un mohín que concluyó de hacernos olvidar las ideas kempisianas. Emilio se cogió a mi brazo, y me dijo confidencial:

—Estamos citados para esta noche en la Comedia, donde hacen uno de esos disparates de mucha risa. ¿Por qué no vienes? Te quedas a cenar conmigo.

Continuamos la marcha pausadamente. La fila de coches se engrosaba con los que volvían de Recoletos, y llenaban toda la amplitud de la calle, obligados a proseguir despacio. Al pasar junto al resplandor de un escaparate, el tono negro de la corbata de Emilio me restituyó la memoria del maestro:

—¡Pobre maestro! ¡Cuánta influencia ejercieron sus consejos en nuestros triunfos, y de cuántas frases tuyas hemos hecho escabelles!... Hay demasiada gente; no se puede andar...

Emilio propuso:

—Mira: los coches casi se han detenido; pudiéramos alcanzar el de ellas para advertirlas que también irás.

Pero yo estaba pleno del recuerdo del maestro, y continué:

—Si hay Dios y Dios fuera capaz de otorgar permiso unos minutos a cualquiera de los hombres fenecidos para que viniese a esclarecer a los que viven el alucinante misterio de la muerte, sería inútil pensar en otro que en él. Homero, Dante, Shakespeare, todos los grandes faros de la especie humana, querrían sin duda dejar una descripción tan prolija, que, transcurrido el plazo, apenas habrían hecho una débil luz en las tinieblas. Pero el maestro Pelayo González, en un solo minuto, en medio minuto, apriisionaría en una frase lapidaria la definición del más allá.

FIN

Emilio movió la cabeza, como asintiendo. De pronto cesó de andar de prisa, y exclamó con tono de decepción:

—Ya no podemos alcanzarlas... ¿Entramos en el Lion d'Or a tomar un vaso de cerveza?

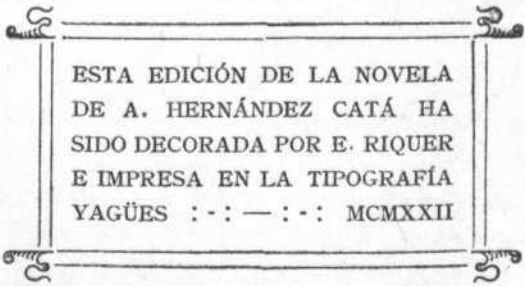
—Vamos a tomar el vaso de cerveza.

El doctor hubiera deseado, antes de adentrarse en la greguería del café, dedicar un comen-



tario al imperativo predominio del presente —por fútil que sea—sobre el pasado, más cercano y henchido de importancia ideológica o sentimental. La idea le pareció difícil de explicar en frase somera, y quiso al menos cerrar con sentencioso broche su homenaje al maestro, cuyo recuerdo iba, en ese mismo minuto, a debilitarse hasta desaparecer al choque de la vida viva... Pero como para ello sólo acudió a su mente el *Sic transit gloria mundi*, y el latínajo le pareció demasiado vulgar, no dijo nada.

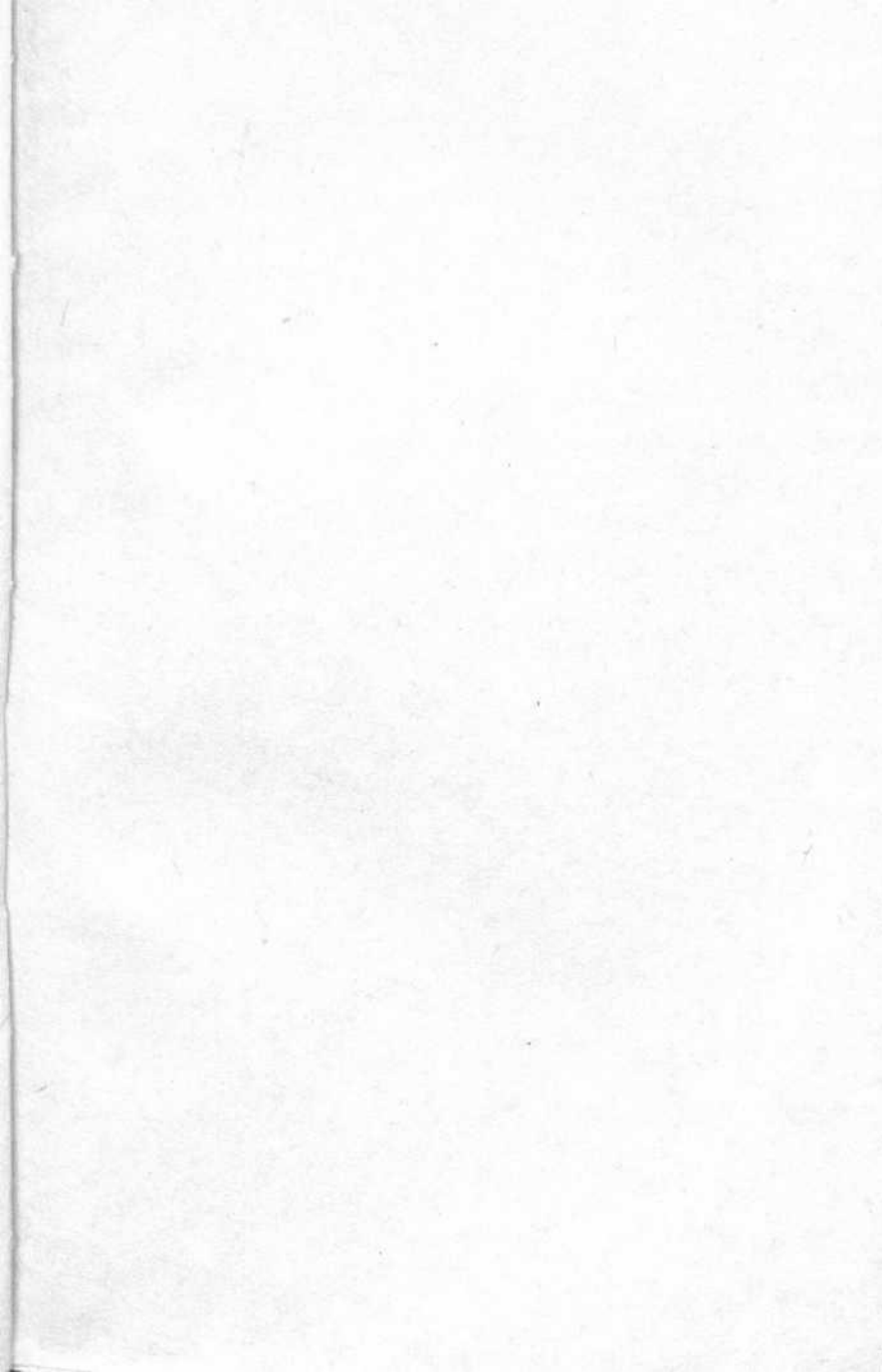
FIN

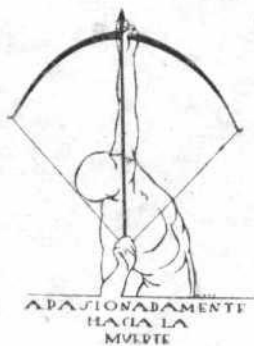


ESTA EDICIÓN DE LA NOVELA  
DE A. HERNÁNDEZ CATÁ HA  
SIDO DECORADA POR E. RIQUER  
E IMPRESA EN LA TIPOGRAFÍA  
YAGÜES :-: — :-: MCMXXII

ESTA EDICIÓN DE LA NOVELA  
DE DON HERNÁNDEZ CATA HA  
SIDO DECORADA POR E. RIVERA  
E IMPRESA EN LA TIPOGRAFÍA  
YAGÜES : - : - : MCMXXII







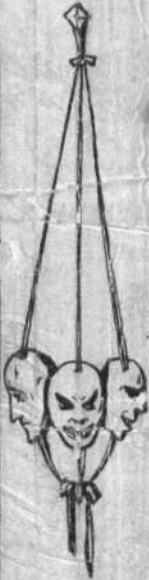
PRECIO: 5,00 PESETAS

HERNANDEZ  
CONZALEZ



PELAYO  
CONZALEZ

NOVELA



G - 47567

DOO